

con él que procurase por ese medio evitar el crimen.
¿Sonaría por casualidad?

Al llegar aquí, Holmes se detuvo y ya no volvió á hablar una sola palabra hasta la estación de Londres. En seguida nos trasladamos á Scotland Yard, donde nos esperaba Forbes. Era un hombrecillo de rostro enjuto y mirada sagaz, que nos recibió con exagerada cortesía. De la entrevista no sacamos nada nuevo. El policía contó las pesquisas hechas, y cuando Holmes le preguntó por su opinión se limitó á sonreír enigmáticamente y á encogerse de hombros. Al salir de Scotland Yard, Holmes miró al reloj.

—Ahora vamos á interrogar al excelentísimo señor ministro de Estado. Creo que aún será tiempo.

Efectivamente. Lord Holdhorst estaba en su despacho de Downing Street, y en cuanto vió la tarjeta de Holmes dió orden de que nos dejaran entrar.

El ministro nos recibió con una reverencia algo arcáica, pero llena de señorial distinción y nobleza. Luego, apoyándose en la chimenea mientras Holmes y yo nos sentábamos en sendos butacones de terciopelo y de dorada talla, empezó á hablar con una voz sonora y pausada, hecha á sonar en la amplitud de los Parlamentos y las Academias.

—Vuestro nombre, Sr. Holmes, me es muy conocido, y como quiera que únicamente puede traeros aquí un asunto determinado, sería inútil que afectara ignorancia respecto al motivo de vuestra visita. ¿En qué puedo servirlos?

—Vuestro sobrino...

—¡Ah! ¡Pobre Percy!—interrumpió el ministro.—Ya comprenderéis que nuestro parentesco empeora su situación y ata mis manos. Mucho temo que este incidente le cueste muy caro.

—Pero ¿y si se encuentra el documento?

—Entonces variaba mucho la cosa...

—Yo lo espero así. Y ahora, lord Holdhurst, ¿tenéis la bondad de contestarme á dos ó tres preguntas?

—Con mucho gusto.

—Mil gracias. Decid. ¿Fué en esta habitación donde le disteis á vuestro sobrino las instrucciones relativas á la copia del documento?

—Sí.

—¿Podía oír alguien esas instrucciones?

—No.

—¿Habíais dicho á alguien que pensábais mandar copiar ese tratado?

—No.

—¿Estáis seguro?

—Segurísimo.

—En ese caso, puesto que vos no habíais dicho nada, puesto que el Sr. Phelps no había dicho nada, puesto que nadie sabía nada, debemos suponer que la presencia del ladrón en el despacho fué puramente casual.

El ministro se encogió de hombros sonriendo.

—Hay, además, otro punto importantísimo—continuó Holmes.—¿Creéis que la divulgación del con-

tenido de ese documento produciría graves consecuencias?

Los labios de lord Holdhurst dejaron de sonreír.

—Gravísimas.

—¿Se ha sabido algo ya?

—Todavía no.

—Sin embargo, yo creo que si la Embajada de Francia, por ejemplo, se hubiera enterado ya, me parece que vos sabríais algo, ¿no es eso?

El ministro asintió con la cabeza.

—Ahora bien, en vista de que han pasado nueve semanas sin que nadie diga nada, debemos suponer que el documento no ha salido de manos del ladrón.

Lord Holdhurst se encogió de hombros.

—No creo, señor Holmes, que el ladrón haya robado esos papeles para ponerlos con marco y colgarlos en la pared de su alcoba.

—Claro que no; pero también podría ser que aguardara á obtener una cantidad más importante.

—Como espere mucho, me parece que no conseguirá nada. Dentro de muy poco ya todo el mundo conocerá, sin peligro alguno, lo que hoy debe estar secreto.

—¡Ah!.. Entonces es probable que el ladrón haya caído súbitamente enfermo.

—Con una fiebre cerebral, ¿verdad?—preguntó serio y ceñudo el ministro.

—No he querido decir eso—contestó Holmes tranquilamente.

Luego, mirando el reloj, continuó:

—Es ya muy tarde, lord Holdhurst, y hemos abusado mucho de vuestra paciencia. Si no tenéis nada que mandarnos...

—Nada, querido—contestó afablemente el ministro, acompañándonos hasta la puerta del despacho. —Deseo con toda mi alma que descubráis cuanto antes al criminal, sea quien sea.

—Es todo un carácter este señor—me dijo Holmes cuando salimos á la calle.—Sin embargo, debe pasar muchos apuros para no hacer un mal papel, dada su escasez de recursos. Ya habréis visto, Watson, que sus botas han sido arregladas más de una vez... Después de todo eso no tiene importancia...

Habíamos llegado á Whitehall, y Holmes, tendiéndome la mano, continuó:

—Adiós, querido Watson, no quiero robaros más tiempo. Por hoy no pienso hacer nada, á no ser que tenga contestación al anuncio del coche. Pero mañana os espero, ¿verdad?

Al día siguiente nos reunimos en la estación y tomamos el tren de Woking. El misterio continuaba; el anuncio no había surtido efecto. No obstante, Holmes continuaba impasible como un piel roja. Nada había en su voz, ni en su rostro, ni en sus ademanes, que revelara el estado de ánimo causado por aquella absoluta carencia de noticias. Recuerdo que durante todo el tiempo que duró el viaje me fué hablando

acerca del sistema antropométrico de Bertillón, ensalzando sus ventajas y los talentos del sabio francés.

Encontramos á nuestro cliente de mejor aspecto que el día anterior, y al vernos se levantó del sofá y vino hacia nosotros, alargándonos las manos.

—¿Qué hay?—preguntó vivamente.

—Nada—contestó Holmes.—Ha sucedido lo que yo me temía. He hablado con Forbes, con vuestro tío, y aunque no he descubierto nada, espero que estas dos entrevistas no hayan sido inútiles.

—¿Entonces tenéis esperanzas todavía?

—Indudablemente.

—¡Qué alegría me causa oiros hablar así!—exclamó miss Harrison. Yo creo que con valor y con paciencia se triunfa siempre.

—Pues veo—dijo Phelps, sentándose de nuevo en el sofá—que somos más afortunados que vos en punto á noticias...

Holmes le miró fijamente, interrogándole con los ojos.

—Sí—continuó Phelps;—esta noche he corrido una aventura que me parece bastante grave.

Hizo una pausa. Por sus ojos pasó un relámpago de terror; sus manos se hundieron en los almohadones: su voz se hizo más grave y más lenta.

—¿Sabéis, amigo Holmes, que empiezo á creerme seriamente en peligro y que en torno mío se agita una conspiración monstruosa?

Holmes no pudo contener una exclamación.

—Contádmelo todo.

—Yo estaba casi seguro de que no tenía ningún enemigo; pero, á juzgar por lo que pasó anoche, me parece que tengo uno por lo menos. Veréis. Anoche fué la primera vez que dormí sin enfermera, puesto que ya me encontraba lo suficientemente bien para prescindir de ella. Serían las dos de la madrugada cuando me despertó un ruido extraño y casi imperceptible. Escuché un rato, atribuyendo á algún ratón que royerá la madera; pero al poco rato el ruido se hizo más fuerte, y de pronto oí un choque metálico. Ya no podía dudar de la causa del ruido. Habían introducido un objeto entre la unión de la contraventana y habían chocado contra la falleba.

Hubo una pausa que duró próximamente diez minutos, como si esperasen á ver si me habían despertado con el ruido. Luego ví levantarse el picaporte, sonó un crujido seco y empezó á abrirse la ventana lentamente. No pude más, salté del lecho y abrí de par en par las maderas. Ví un hombre que echó á correr, pero no pude conocerlo porque iba envuelto hasta el cuello en una especie de capa. Sólo estoy seguro de una cosa: de que en la mano llevaba un puñal ó un cuchillo.

—Todo eso es muy interesante—interrumpió Holmes—¿y qué hicisteis entonces?

—Si no hubiera estado tan débil habría saltado por la ventana detrás de él; pero me faltaron las fuerzas y sólo pude tirar del cordón de la campanilla, y pedir socorro á grandes voces. José acudió el primero, luego vinieron los demás. Registraron el jardín.

pero no encontraron huella alguna. Yo no he querido dar parte á la policia hasta hablar con vos.

Este relato pareció impresionar fuertemente á Sherlock-Holmes. Cuando Phelps terminó de hablar, mi amigo se levantó y empezó á pasearse á grandes pasos, con las manos en los bolsillos y clavada la mirada en el suelo.

—¿Podría dar conmigo una vuelta por la casa?— dijo, parándose de pronto delante del enfermo.

—Sí, sí. Creo que eso me sentará muy bien. Vendrá José con nosotros.

—Y yo también—exclamó miss Harrisson Holmes sacudió la cabeza:

—De ningún modo, señorita. Precisamente, os iba á rogar ahora mismo que no os moviérais de aquí.

La joven volvió á sentarse sin decir una palabra. Llamaron á José y los cuatro hombres salimos al jardín. Dimos la vuelta á la casa hasta llegar al pie de la ventana. Sobre el musgo se veían huellas de pisadas, pero tan confusas y vagas, que Holmes se encogió de hombros.

—¡Bah! Esto no sirve para nada. Vamos á ver la razón de por qué el ladrón eligió precisamente esta ventana y no esas del comedor y de la sala que son mucho mas amplias.

—Es que esas se ven desde la carretera—observó José Harrison.

—Tenéis razón. Pero ¡calla! También pudo utilizar esta puerta.

—No, porque esa puerta, que es la de servicio, se cierra con llave todas las noches.

—¡Ah!... ¿Ha pasado alguna otra vez lo de anoche?

—Nunca.

—¿Tenéis algún objeto de valor ó algunas cantidades que puedan tentar á los ladrones?

—No, no hay nada que merezca la pena.

Holmes calló, y durante un rato anduvimos en silencio. De pronto mi amigo, levantando la cabeza, que había tenido caída sobre el pecho, dijo:

—Vaya, me parece que no descubriremos nada más. ¿Vamos á casa?

Emprendimos la vuelta. Holmes y yo delante. Phelps y su futuro cuñado detrás.

—Apresurad el paso—me dijo Holmes en voz baja.

Y aprovechando la inevitable lentitud del enfermo, llegamos mucho antes á la casa.

Miss Harrison nos esperaba en la ventana.

—Señorita—la dijo Holmes con un tono que no admitía réplica,—es preciso, absolutamente preciso, que no os mováis de aquí, pase lo que pase.

La novia de Phelps nos miró con los ojos muy abiertos.

—Está bien, Sr. Holmes.

—Cuando os vayáis á acostar, cerrad por fuera y lleváos la llave. ¿Me lo prometéis?

—Pero... ¿y Percy?

—Percy se viene á Londres con nosotros.

—¿Y yo me quedo aquí?

—Sí, es preciso. Sólo aquí le podéis ser útil. ¿Me lo prometéis?

Ella asintió con la cabeza. En aquel momento llegaba su hermano y su novio.

—¿Qué empeño tenéis en estar ahí dentro?—preguntó Harrison.—¿Por qué no salís á tomar un poco el sol?

—No, gracias, José. Me duele un poco la cabeza y estoy muy bien aquí.

—Bueno, ¿qué pensáis hacer ahora, amigo Holmes?—dijo Phelps.

—Hombre... pues... teniendo en cuenta que el suceso de ayer es secundario, me parece que debemos consagrarnos al principal. Para ello creo que sería muy conveniente que viniérais á Londres con nosotros.

—¿Yo?

—Sí. Dentro de una hora, si podéis.

—Yo creo que sí. Y es absolutamente preciso que yo vaya.

—Lo es.

—¡Ah, vamos! De ese modo si vuelve la visita de anoche se encontrará con que el pájaro ha volado. Perfectamente. Estoy á vuestra disposición. ¿Queréis que venga José con nosotros?

—No, ¿para qué? Ya sabéis que nuestro amigo Watson es médico y él os cuidará. Si os parece bien comeremos aquí y en seguida tomaremos el tren.

Así se hizo. Miss Harrison, cumpliendo su pro-

mesa, permaneció en el cuarto de Phelps. Yo no acertaba á explicarme el objeto de Holmes. ¿Sería tener alejada de Phelps á su novia? ¿Sería para evitar que?...

Terminamos de comer, nos despedimos de José y de su hermana, y ya en la estación Holmes nos dió una nueva sorpresa diciéndonos que él no pensaba ir á Londres.

—Todavía tengo que arreglar algunas cosas en Woking, aprovechando vuestra ausencia, amigo Phelps. Os agradeceré, querido Watson, que conduzcaís á nuestro amigo á mi casa de Baker Street, y que paséis allí la noche. Indudablemente, siendo como sois antiguos camaradas, no os faltará de qué hablar. Yo saldré de aquí mañana por la mañana y llegaré á tiempo de almorzar con vosotros.

En aquel momento el tren se puso en marcha. Holmes nos tendió las dos manos.

—Decid en Briastrae—exclamó Phelps—que mañana estaré por la tarde de vuelta.

—Lo siento, pero no pienso ir á Briastrae—contestó Holmes sonriendo.

El tren aumentó su velocidad, y poco después corría por los campos.

Durante el viaje hablamos largamente. Phelps, bajo el peso de sus sensaciones, excitados todavía sus nervios no hablaba ni quería hablar más que de sus asuntos. Inútilmente me esforzaba yo en cambiar de conversación, en interesarle por mis campañas del Afganistan, por los misterios de la India,

por las cuestiones sociales y literarias. El volvía siempre á lo mismo, multiplicando sus conjeturas acerca de lo que haría Holmes, de lo que pensaría lord Holdhurst, de lo que sería de él.

Cuando llegamos á casa le dije:

—Ahora, querido, me vais á hacer el favor de no inquietaros más y de procurar olvidarlo todo. Acostáos y procurad dormir para tener fuerzas mañana si fuera preciso.

Logré convencerle y lo dejé acostar en la cama de Holmes seguro de que la excitación del día y las incertidumbres de la noche no le dejarían dormir. Confieso que yo tampoco pude conciliar el sueño hasta muy tarde. ¿Por qué se quedó Holmes en Woking? ¿Por qué le ordenó á miss Harrison que no se moviera del cuarto del enfermo? ¿Qué motivo podía tener para ocultarles á la familia de Phelps que pensaba pasar la noche? Tanto y tanto pensé y tales fueron las quimeras y conjeturas que hice y deshice, que rendido y fatigado caí en un sueño profundo.

Desperté á las siete de la mañana. Me vestí de prisa y corriendo y entré en la alcoba de Phelps, á quien hallé agitado y febril por una noche de insomnio. Sus primeras palabras fueron para preguntarme si había venido Holmes.

—Perded cuidado. Vendrá á la hora que dijo—contesté.

Efectivamente. Daban las nueve en el reloj del comedor cuando se detuvo un coche á la puerta y

vimos bajar á Holmes. En seguida observamos que venía muy pálido y con la mano izquierda vendada. Phelps lanzó un gemido.

—¿Habéis visto, Watson?

Yo incliné la cabeza sin contestar.

Se abrió la puerta y entró Holmes; los dos amigos corrimos hacia él.

—¿Estáis herido?

—¿Qué os pasa?

—Nada. Es un simple arañazo. ¿Sabéis, amigo Phelps, que no he visto en mi vida un asunto tan terrible como el vuestro? Vaya, vamos á almorzar; porque treinta millas y el aire del Surrey son los grandes aperitivos.

La mesa estaba dispuesta, y precisamente cuando yo iba á llamar entró la señora Hudson con el desayuno.

—Observo que la señora Hudson se ha mostrado á la altura de las circunstancias—dijo Holmes sentándose á la mesa y destapando una fuente con perdices.—Ella no será muy lista que digamos, pero en punto á cocinera vale lo que pesa. ¿Qué es eso que hay ahí, amigo Watson?

—Perfectamente. ¿Qué queréis tomar, Sr. Phelps? ¿Perdices ó jamón?

—Gracias; no tengo gana.

—Vamos, intentadlo...

—No; no, dejadme, no podría tomar nada.

—Bueno—dijo Holmes maliciosamente—no insisto; pero tendréis la bondad de servirme, ¿eh?

Phelps descubrió la fuente que tenía delante de él y su rostro cambió y sus ojos quedaron fijos é inmóviles. En la blancura de la fuente resaltaba un rollo de papel gris azulado. Phelps se abalanzó sobre él y oprimiéndolo contra el pecho, se puso á saltar y á correr como un loco, dando vueltas en torno de la mesa. Al fin, farto de fuerzas, convulso, se dejó caer en un sillón y tuvimos que darle una copa de brandy para reanimarlo.

—Vamos, vamos—decía Holmes cogiéndole por las muñecas.—No he debido daros la noticia de ese modo. Comprendo que el golpe ha sido demasiado rudo; pero ya sabe Watson lo aficionado que soy á las escenas dramáticas.

Phelps, cogiéndole una mano, se la cubrió de besos diciendo:

—¡Gracias, gracias! ¡Bendito seáis! ¡Habéis salvado mi honor!

Holmes sonreía. El diplomático guardó el precioso documento en uno de los bolsillos más seguros de su traje; después murmuró:

—No quisiera interrumpir por más tiempo vuestro desayuno... y, sin embargo, estoy lleno de ansiedad por conocer lo ocurrido.

Sherlock Holmes sorbió una taza de café, comió un poco de jamón, y ya satisfecho, encendió la pipa y se instaló cómodamente en un sillón.

—Ahora vais á saberlo todo—dijo con aquella voz medio burlona, medio seria, que empleaba para explicar sus triunfos.

Después de dejaros en la estación, me fui dando un paseo á través de ese admirable Surrey, hasta el pueblecillo Ripley, donde merendé y tuve la precaución de llenar mi cantimplora y guardar en el bolsillo un paquete de *sandwichs*. Luego, cuando empezaba á anochecer, emprendí la vuelta hacia Working. Aguardé á que no pasara nadie por el camino de Briarbrae—que no debe ser muy frecuentado—y entré en el jardín saltando la tapia.

—¡Pero si estaría abierta la puerta!...—exclamó Phelps.

—Es posible, pero yo soy muy raro á veces. Escogí el sitio donde crecen aquellos tres abetos, y gracias á ellos pude ir hasta vuestra ventana sin que nadie me viera. Una vez allí, me agazapé entre los rosales—fijáos en el estado de mis pantalones—y esperé los acontecimientos.

Estaba abierta la ventana y se veía perfectamente á miss Harrison, leyendo sentada cerca de la mesa. A las diez y cuarto se levantó, cerró las contraventanas y al poco rato la sentí cerrar la puerta con llave.

—¿Con llave?—interrumpió Phelps.

—Sí; yo le había encargado á miss Harrison que cerrase la puerta con llave y se llevara ésta consigo. Vuestra novia siguió al pie de la letra mis instrucciones, y á no ser por ella no tendríais ese papel en el bolsillo. ¿Por dónde íbamos? ¡Ah, sí! Quedábamos en que yo estaba agazapado en el rosal.

Poco á poco se fueron apagando todas las luces

de la casa. La noche era hermosa; las estrellas parpadeaban tranquilas en lo azul y la luna rodaba serena derramando su luz blanca sobre los árboles. A pesar de estos encantos, confieso que pasé una mala noche. Sentía esa excitación peculiar de los cazadores que acechan el paso de alguna fiera. La espera fué larga, tan larga como aquella noche que pasamos en una cámara mortuoria, ¿os acordáis, Watson? Por fin, y poco después de las dos, sonó un cerrojo, chirrió una llave, se abrió suavemente la puerta de servicio y un rayo de luna vino á caer sobre el rostro de José Harrison.

—¡José!—exclamó Phelps.

—Iba sin nada á la cabeza—continuó Holmes, como si no hubiese oído la exclamación;—pero llevaba una capa sobre los hombros, sin duda para cubrirse la cara á la primer alarma. Avanzó de puntillas por el césped hasta el pie de la ventana, y luego, introduciendo con mucho trabajo la hoja de un cuchillo, logró levantar el picaporte. Entonces lanzó un suspiro de satisfacción y empujó las dos maderas. Quedó abierta la ventana y saltó dentro de la habitación. Desde mi escondite yo veía perfectamente todos sus movimientos. Le ví encender las dos velas que hay encima de la chimenea; luego se arrodilló y levantó un poco la alfombra cerca de la puerta; después levantó también un ladrillo y sacó un rollo de papel. En seguida volvió á colocar el ladrillo en su sitio, luego la alfombra, apagó las dos velas... y vino á caer en mis brazos.

Hay que confesar que vuestro futuro cuñado es peor persona de lo que yo creía; dos veces intenté hundirme el cuchillo en la garganta, y á no ser por que paré los golpes con esta mano, ahora no podría contarlo. Su ojo—el otro se lo deshice de un puñetazo—tenía la fría y resuelta mirada de un asesino. Sus dientes, incrustados unos en otros, decían una rabia sorda... Pero fuí el vencedor; le arranqué los papeles y lo dejé escapar. Hoy mismo he telegrafiado á Forbes dando los detalles, y ojalá no lleguen tarde para apoderarse del ladrón. Aunque me parece que los señores Holdhurst y Phelps preferirían que se escapara el pájaro y con él el escándalo. ¿No es eso?

—¡Dios mío!—exclamó el diplomático.—¿Es decir que durante estas nueve semanas el documento robado estaba en mi misma alcoba?

—Justo.

—¿Y José? ¿José, el hermano de mi Ana, resulta un canalla, un miserable?

—Creo que las circunstancias le han obligado al crimen. Siendo, como es, un egoísta, se conoce que no supo resistir la tentación de apoderarse de una fortuna inesperada, sin preocuparse de la felicidad de su hermana ni de vuestra reputación.

Percy Phelps se llevó las manos á la cabeza.

—¡Oh, Dios mío! Yo me vuelvo loco...

—Yo sospechaba ya de José—continuó Holmes,—puesto que me habíais dicho que iba á buscaros todas las noches al ministerio de Estado para volver

juntos á Woking. Luego, cuando me enteré de que un individuo había intentado entrar en vuestra alcoba, donde nadie, excepto José, podía tener oculto nada—¿no nos habéis dicho que vuestro cuñado dormía en esa habitación antes de esa enfermedad?—mis sospechas se transformaron en certidumbres; mucho más teniendo en cuenta que la tentativa se hizo por la noche y la primera vez que dormisteis sin que nadie os velara, lo cual demuestra que el intruso estaba al corriente de lo que sucedía dentro de casa.

—¡Qué ciego he sido!

—Ya con estos datos pude reconstruir perfectamente los hechos, casi seguro de no equivocarme. Veréis: José Harrison entró la noche del 23 de Mayo en el ministerio por la puerta de Charles Street. Conociendo como conocía el camino, fué derecho á vuestro despacho y llegó un segundo después de haber salido vos. No viendo á nadie tocó el timbre, y mirando distraídamente en torno suyo vió los papeles que había sobre la mesa. En seguida comprendió que aquel documento representaba un valor considerable, y guardándolo en el bolsillo salió inmediatamente siguiendo el mismo camino que unos segundos antes. Recordaréis que pasaron unos minutos sin que el ordenanza os llamara la atención respecto del timbre; es decir, lo suficiente para que el ladrón pudiera escapar.

Tomó el primer tren, y ya en Woking debió cerciorarse una vez más del valor que tenía el docu-

mento y lo ocultó en el sitio que creyó más seguro, pensando llevarlo al día siguiente á la embajada de Francia ó á cualquiera otra parte donde se lo pagarán bien. Pero el destino se encargó de disponer las cosas de otro modo. Volvisteis inesperadamente, os aposentaron en la alcoba de José, y desde entonces no os dejaron solo ni un momento. Por último, cuando ya dormisteis sin que nadie os velara, José vió el cielo abierto é intentó introducirse en la habitación... Vuestro insomnio le fué fatal. Por eso procuré que la noche siguiente no estuviérais en casa, adviniendo que, ya más seguro del éxito, intentaría dar de nuevo el golpe. Para evitar que se nos adelantara aprovechando cualquier descuido, la encargué á miss Harrison que no se moviera de vuestro cuarto ni un segundo. Luego, cuando vino la noche, me escondí... y ya sabéis lo demás.

—Decid—preguntó febrilmente Phelps.—¿Creéis que José llevaría el cuchillo para matarme ó sólo para abrir la ventana?

Holmes se encogió de hombros.

—No sé; pero os puede asegurar que José Harrison es un caballero capaz de todos los crímenes y de todas las ruindades.



